

EL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

Balduino de Ford

INTRODUCCION

1. El autor

Balduino de Ford es un autor destacado de la literatura monástica y eclesiástica inglesa del siglo XII. Si bien no alcanza la talla de un Bernardo de Claraval, Guillermo de Saint-Thierry, o Elredo de Rieval, sin embargo sus obras son un claro exponente de aquella "teología monástica" que floreció en el medioevo latino, prolongando la patristica hasta el desarrollo de la escolástica en el siglo XIII.

Balduino nace en Inglaterra entre 1120 y 1140, en el seno de una familia pobre. Gracias a la generosidad del obispo de Exeter, recibe una excelente formación intelectual e inicia una prometedora carrera docente y eclesiástica.

Por aquel entonces había un Exeter una prestigiosa escuela catedralicia de justo renombre intelectual: la escuela en Exeter. En ella enseñó Roberto Pullen entre 1133 y 1138. Balduino se formó allí, quizá también con Roberto Pullen, y años más tarde ella lo contó a él como uno de sus maestros. La reputación moral e intelectual de Balduino parece que fueron elevadas. El papa Eugenio III lo nombró tutor de Graciano, el sobrino de Inocencio II, lo que llevó a Balduino a Roma, a la corte papal. Esto hace suponer que su formación intelectual ha de haber continuado en el Continente.

Vuelto a Inglaterra Balduino enseña en Exeter. Al obispo Bartolomé no se le pasan desapercibidas sus cualidades, por lo que en 1161 lo nombra archidiácono de Totnes. Aquí Balduino adquirió un amplio conocimiento del derecho e hizo una rica experiencia administrativa de la Iglesia, pero pronto comprendió que Dios le llamaba a otra vida: quería de él un monje.

En 1169 el archidiácono Balduino abandona su exitosa vida eclesiástica e ingresa en la joven abadía cisterciense de Ford, a orillas del Devon. Aquí se identifica plenamente con los ideales cistercienses y escribe sus mejores obras.

En 1175 sus hermanos lo eligieron abad de Ford, cargo que desempeñó

hasta 1180, cuando la Iglesia lo llamó a servirla como obispo. Durante su administración la abadía de Ford se transformó en un importante centro de espiritualidad y cultura, dando origen a una rica tradición.

En 1181 es nombrado obispo de Worcester, y tres años después, en 1184, arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra. El papa Lucio III lo hizo legado suyo ante los ingleses. Pero es este período como arzobispo el más desafortunado de su vida. Balduino es monje de alma y los asuntos eclesiásticos de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XII no son fáciles de llevar.

Dos fuertes líneas de tensión conflictuaron estos años: las difíciles relaciones entre el trono y el altar, con el considerable esfuerzo por parte de la Iglesia para conservar su libertad espiritual frente al poder temporal, en momentos en que ella atravesaba un período de debilidad interna por cierta declinación del papado y el gobierno central romano, y la creciente hostilidad entre clérigos y monjes. Para el caso de Balduino, el conflicto fue particularmente agudo con los monjes de Christ Church, su propia catedral, cuyos derechos eclesiásticos y económicos los monjes no quisieron resignar. Lo cierto es que Balduino fue muy poco eficaz en todo esto y no pudo superar la dificultad de los conflictos, por lo que su gobierno resultó por demás azaroso.

Predicó la tercera cruzada, tomó él mismo la cruz, y partió en 1189 con su rey, Ricardo Corazón de León a Palestina, donde el Señor lo llamó a sí en Tiro, Siria, el 19 de noviembre de 1190, cansado y abatido por las luchas de los hombres y los excesos de los cruzados sobre las vencidas tropas de Saladino.

2. Los escritos de Balduino

La obra escrita de Balduino es amplia. No toda nos es conocida, ni toda ha sido publicada. Recientemente David N. Bell¹ ha puesto al día el estado de la cuestión.

Las obras editadas son las siguientes, con las traducciones que conocemos:

- *De Sacramento Altaris*, PL 204, 641-1674; Traducciones: francesa: "Sources chrétiennes 93 y 94"; castellana: "Padres Cistercienses 3".
- *De commendatione Fidel*, PL 204, 571-640.

1. BELL, D.: "The corpus of the works of Baldwin of Ford" en *Cîteaux* XXXV, fac. 3-4 (1984), pp. 215-234.

- *Tractatus Diversi/Sermones triginta tres*, PL 204, 403-772; traducción francesa: "Pain de Cîteaux, 35 al 45".
- *Epistolae*: PL 202, 1533; "Chronicles and memorials" Londres, 1865, t. II.

Las obras no editadas son:

- *De Orthodoxis Dogmatibus*, - *De sectis Haereticorum*, - *Super Historiis Regum*, - *De commendatione Virginitatis*, - *De commendatione Virginitatis*, - *De Mythologia*, - *Carmen Devotionis*, - *De sacerdotio Ioannis Hircani*, - *Contra Henricum Wintoniensem*, - *Libellus Jordano Dedicatus*.

Sobre las tres últimas obras, Bell dice que no sabemos nada. A modo de Apéndice ofrecemos una Bibliografía Selecta.

3. El Santísimo Sacramento de la Eucaristía

Corresponde al primer Tratado de los *Tractatus Diversi*. Está dirigida principalmente al clero, pero contiene una profunda enseñanza sobre el Cuerpo y la Sangre del Señor válida para todo cristiano.

La obra comienza con lo que podríamos llamar una Introducción, en la cual Balduino pone de relieve la dignidad del Sacramento, destacando la veracidad del sacrificio de Cristo y el modo en que el hombre debe hacer trato de él.

El Tratado luego sigue en dos grandes desarrollos que tienen por base la historia de la salvación:

I -- La eucaristía como sacramento para la salvación:

Hay un hecho; el carácter oculto del misterio de Cristo. Cristo estuvo oculto en el seno del Padre, se ocultó como siervo durante su vida terrestre y se nos propone ahora oculto en la eucaristía. La fe es la que desvela este misterio y nos introduce en la intimidad divina. Así, la fe tiene que ser puesta a prueba por el Sacramento.

De acuerdo a la metodología de la "teología monástica", Balduino repasa la historia de la salvación descubriendo en ella la acción salvífica de Dios y la fe de sus protagonistas. Todo culmina en la donación de Cristo: "Jesús nos ha sido dado", es "Dios con nosotros".

Esta presencia de Cristo es estable. Es una prueba del amor de Jesús que el Sacramento hace posible. Mediante él, "nos estrecha con un vínculo

más fuerte y nos une más maravillosamente a él, ... a fin de estar él en nosotros y nosotros en él".

Pero Cristo-Eucaristía también es la Verdad, y esto exige que permanezcamos en El. Esto da origen a un buen desarrollo sobre las relaciones entre la fe y la razón, en el cual Balduino pone a cada parte en sus justos términos según la Revelación, e instruye sobre las actitudes cristianas que debe tener el creyente inteligente que busca un fundamento racional a su fe.

II - La eucaristía como sacrificio a imitar:

La eucaristía no sólo es sacramento de la fe; ella también es sacrificio, sacrificio que reclama ser imitado para que ella dé provecho. Por lo tanto, la eucaristía se transforma en norma de vida.

Este pensamiento da origen a nuevas consideraciones. Balduino recurre nuevamente a la historia de la salvación y extrae enseñanzas sobre los sacrificios del viejo testamento y el de Cristo mismo. Todo esto ilumina el sentido, la necesidad y el provecho de la mortificación en el cristiano, especialmente en los sacerdotes a quienes el autor llama a una mayor configuración vital con la eucaristía. El Tratado cobra aquí un progresivo tono exhortativo a partir de la real donación de Cristo.

La obra concluye con una Exhortación a los sacerdotes. Es una parte muy expresiva, en la que Balduino manifiesta su profundo amor a Cristo, a los sacerdotes, y a la Eucaristía. Llama a creer y vivir lo que este Sacramento contiene, mediante la fe, la mortificación personal, el trato digno y la ejemplaridad de vida para que el discípulo sea como su Maestro.

En suma, una bella obrita sobre la Eucaristía en la cual a partir del misterio de la salvación se nos ilustra y recuerdan las exigencias que sobre la fe y nuestro sacrificio personal tiene el misterio del cuerpo y sangre del Señor.

4. Nuestra traducción

El texto que presentamos fue traducido del latín por la Sra. Elcira G. R. de Sesma, según el texto latino publicado por Robert Thomas, O.C. S.O. en Baudouin de Ford, Traités 1-3, en "Pain de Cîteaux, 35", Chimay (Belgique, 1973), pp. 26-80, quien sigue el MS Troyes 433, del siglo XIII.

El título y los subtítulos no se encuentran en el texto de Balduino, pertenecen a la obra del P. Thomas, de quien los tomamos. La subdivisión general es nuestra.

Apéndice:

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- THOMAS, R. y ROBERTS, A.: "Introducción" a *Sacramento del Altar*, ed. "Padres Cistercienses 3", Azul, 1978.
- LECLERCQ, J.: "Introduction" a *Le Sacrament de l'Autel*, en "Sources chrétiennes 93", París, 1963.
- THOMAS, R.: *Baudouin de Ford, Traités I-XVI*, en "Pain de Cîteaux 35-40", Chimay, 1973.
- HALLET, Ch. "La communion des personnes d'après une oeuvre de Baudouin de Ford", *Rev. d'Asc. et Myst.* 42, 1966, pp. 405-422.
- MORSON, J.: "Baldwin of Ford: a contemplative" en *Collectanea Cisterciensia* 27, 1965, pp. 160-164.
- WADDELL, Ch.: "The Treatise on the common life, by Baldwin, archbishop of Canterbury and *quandam* abbot of Ford" en *Liturgy*, vol. 11, 1977, pp. 19-65.
- KNOWLES, D.: *The Monastic Order in England*, 2da. ed., Cambridge, 1976.
- BELL, D.: "The corpus of the works of Baldwin of Ford" en *Cîteaux* XXXV, fac. 3-4, 1984, pp. 215-234.

Eduardo GOWLAND, ocsa
N. Señora de los Angeles
C.C. 34 - (7300) AZUL (B)

TEXTO

INTRODUCCION

El maravilloso sacramento de la Eucaristía

El sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, por su dignidad y por el respeto que merece, debe ser dignamente tratado por ministros dignos, dignamente preparado, dignamente recibido, dignamente distribuido. Es grande e inestimable la dignidad de este sacramento. ¿Quién podrá medirla? Sobrepasa nuestro modo de conocer, excede nuestra capacidad. Es Grande, ciertamente, el precio del mundo¹, precio sin precio, precio inapreciable al que ninguna evaluación podría tasar. El Apóstol dice: "Grande es el sacramento de la piedad manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto por los Angeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria"².

Este sacramento es un sacrificio verdadero. En él no hay ficción, simulación, falsedad o magia sino verdadera sinceridad y sincera verdad. Verdad en lo que aparece, verdad en lo que está oculto. Lo que aparece es la especie visible y verdadera del pan³. Antes de la consagración está allí la verdadera substancia del pan, mas en la consagración, por el poder de las palabras, el pan es transubstanciado y cambiado en la verdadera carne de Cristo. Después de la consagración, bajo la especie visible, se oculta Cristo entero, "Aquel que pone su refugio en las tinieblas"⁴, a quien el profeta se dirige diciendo: "Es verdad, tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador"⁵.

-
1. El Cuerpo de Cristo inmolado en la cruz, con su sangre derramada, ha sido el precio, el rescate que ha comprado la salvación del hombre; él lo ha rescatado.
 2. 1 Tm 3,16.
 3. Migne sugiere agregar aquí: "Lo que permanece oculto es el verdadero cuerpo y sangre de Cristo". Pero ninguno de los dos manuscritos menciona este inciso.
 4. Sal 17,12.
 5. Is 45,15.

I - LA EUCARISTIA COMO SACRAMENTO PARA LA SALVACION

Cristo está oculto; la fe lo descubre particularmente en la Eucaristía

Cristo estuvo oculto desde el principio en el seno del Padre. Se ocultó después asumiendo la forma de siervo. Está oculto también ahora en el sacramento que él mismo instituyó. La fe lo descubre oculto en el seno del Padre, oculto en un hombre, oculto en el sacramento. Grande es el poder de la fe que obtiene la inmensa gracia de la intimidad con Dios. Allí donde la fe descubre a Dios, tiene acceso a él y, con la familiaridad que la caracteriza, se introduce en lo más interior de la morada. No piensa que puede ser detenida por los guardias, por los porteros, por los ayudantes de cámara. Entra con seguridad y, llena a la vez de confianza y reverencia, se apropia del misterio de los secretos divinos. ¿Podrá asombrar el que Dios confíe sus secretos a sus fieles? ¿Acaso los reyes y príncipes de los pueblos no confían los suyos a sus súbditos? "Fiel es Dios, en él no hay iniquidad"⁶; tampoco hay iniquidad en sus fieles amigos, en aquellos que conservan la fe y en la fe lo sirven. "Todas sus obras son fieles"⁷ y "sin fe es imposible agradecerle"⁸.

Dios prueba la fe de sus fieles sobre todo en la Eucaristía

Dios prueba a sus fieles, a sus elegidos, para hacerlos dignos de él. Prueba su fe, prueba su esperanza y prueba su amor. Ahora, trataremos de la fe a la que Dios prueba de muchas maneras y sobre todo en este sacramento.

Voluntad de salvación que Dios nos ha manifestado en el Antiguo Testamento

En su eterno designio, Dios decretó salvar al mundo por la muerte de su Hijo Unigénito y enviar al mundo al Salvador y la salvación que no es otra que el mismo Salvador.

Lo que Dios decretó, eso mismo prometió y reveló a sus fieles. Los santos han respondido con la fe. Creyeron y esperaron el cumplimiento de la promesa. Dios hizo esperar la venida de Cristo. Por qué lo hizo, sólo él lo sabe, es su secreto. Entre tanto fue ejercitada la fe de los justos. Pa-

6. Dt 32,4

7. Sal 32,4,

8. Hb 11,6.

ra poner a prueba la fe de éstos, Dios veló de muchos modos aquello que prometió y que prefiguró con diversas imágenes y sacrificios. Todos los antiguos ritos sacrificiales instituidos por la ley y confirmados por los profetas, eran una conmemoración de la promesa y una misteriosa figura de la plenitud futura a fin de que, gracias a esta serie ininterrumpida de sacrificios, no se borrara jamás de la memoria el objeto prometido maravillosamente y que debía realizarse más maravillosamente aún en el futuro, del cual daban testimonio la ley y los profetas.

Por esos signos de las realidades futuras, la fe fue puesta a prueba para rendir a Dios el honor debido. De ese modo, no languidecería en la inactividad: por el fervor de su devoción no se entibiaría, y por la expectativa de su esperanza no daría lugar al olvido. Si algún fiel se interrogaba sobre el significado de estas figuras, la devoción de su alma conservaba siempre la certeza de aquello que permanecía oculto en el fondo de la fe.

La salvación, la encarnación, Dios con nosotros; comunión de naturaleza

Así fue hasta que las sombras dieron paso a la luz. "Vino, pues, el que debía venir, vino el Santo de Israel; se hizo hombre, apareció en la tierra y entre los hombres convivió"⁹. "Manifestó al mundo el camino de la vida"¹⁰ y, después de haber cumplido la misión para la cual había venido, subió al cielo donde ahora está sentado a la derecha de Dios.

Antes de subir al cielo, temiendo que los discípulos o los fieles que los siguieran pudieran desfallecer en la fe y en la esperanza al verse privados de su presencia sensible, les dirigió estas palabras de consuelo: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos"¹¹.

Por tanto, nuestro Jesús está con nosotros. ¿Por qué no decir "nuestro"? ¿Por qué no decir "nos" ha sido dado? "Pues, el Hijo nos ha sido dado"¹². Se le reconoce algún derecho sobre Jesús a aquél que diga: "Yo me gozaré en el Señor, exultaré en Jesús mi Dios"¹³.

9. Bâ 3,38.

10. Sal 15,11.

11. Mt 28,20.

12. La palabra de Isaías que se repite con frecuencia en la liturgia de Navidad es: "Un Hijo nos ha sido dado" (9,6). El pensamiento de Balduino se expresa en *El Hijo* que nos ha sido dado.

13. El texto de Habacuc dice simplemente: "en Dios mi Salvador". Balduino sigue el texto latino que hace del nombre "Jesús" un nombre propio.

Cuando ascendió al cielo Jesús nos dejó, pero permanece con nosotros en la Eucaristía

Este nuestro Jesús con el cual "Dios nos ha dado todas las cosas"¹⁴, no soportó el tener que dejarnos. Nos ama tanto, que él, la Sabiduría del Padre, dice: "Mis delicias son estar con los hijos de los hombres"¹⁵. El estuvo con nosotros mientras vivió en la carne antes de morir por nosotros; estuvo con nosotros muerto cuando su cuerpo no había aún resurgido de la tierra. Estuvo con nosotros después de su muerte "manifestándose a sus discípulos y dándoles muchas pruebas (de su resurrección)"¹⁶. Y está también ahora con nosotros "hasta la consumación de los siglos"¹⁷, hasta que estemos con él, "porque estaremos siempre con el Señor"¹⁸. He aquí cuánto nos ama Jesús¹⁹.

Por el amor con que nos amó, ni la muerte, ni la vida pueden separarlo de nosotros. Por esta misma causa, "ni la muerte ni la vida pueden separarnos de su amor"²⁰. ¿Quién podría amarlo si no fuera amado por él? ¿Quién podría igualarlo en su amor por nosotros? Al que ama se le debe ante todo una respuesta de amor, y el que ama quiere ser amado. Esto es de estricta justicia. Mas, el que quiera ser amado sin amar a su vez, él mismo probablemente se condenará y se considerará un miserable. En verdadera justicia, el hombre que no ama a quien lo ama, es indigno de ser amado. En cuanto al que no ama a Jesús, se pone en grave peligro, se hace digno de la imprecación y maldición pronunciada por el Apóstol: "Si alguien no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema. "Maranatha!"²¹ - También el Apóstol ha elevado esta oración: "La gracia sea con todos aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor inalterable"²².

Jesús nos ha amado primero y, para hacernos posible el amarlo a él, permanece para siempre con nosotros hasta el fin de los siglos: "El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Ja-

14. Rm 8,32.

15. Pr 8,31

16. Hch 1,3.

17. Mt 28,20.

18. 1 Ts 4,17.

19. Estas palabras recuerdan las de S. Bernardo: "¡Cuánto me amas, mi Dios, mi amor, cuánto me amas!".

20. Rm 8,38-39.

21. 1 Co 16,22.

22. Ef 6,24.

cob"²³. Desde que el Dios de Jacob —el suplantador y luchador—²⁴, se hizo nuestro protector al tomar nuestra carne, el Señor poderoso está con nosotros. El mismo dijo refiriéndose al justo: "Yo estoy con él en la tribulación"²⁵. Y el justo a su vez le dice: "Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo"²⁶. El Emmanuel está con nosotros contra los que nos oprimen y se alegran de nuestros males. Está con nosotros en el momento de la desgracia para protegernos, socorrernos y concedernos el beneficio de su consuelo y sostén.

Así estuvo con los justos del Antiguo Testamento. Ahora está con nosotros participando de nuestra naturaleza por el misterio de la Encarnación. No bastó a Jesús, como prueba extrema de su amor, permanecer con nosotros. El nos estrecha con un vínculo más fuerte y nos une más maravillosamente a él por el sacramento de la comunión, a fin de estar él en nosotros y nosotros en él, según sus palabras: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él"²⁷. Cristo, que permanece en nosotros, vive también en nosotros, como dice el Apóstol: "Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí"²⁸. Si Cristo vive en nosotros, también "el Espíritu de Dios habita en nosotros"²⁹ y: "Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Por el contrario, si Cristo está en nosotros, el cuerpo está muerto por el pecado mas el espíritu vive por causa de la justificación. Si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros, aquel que ha resucitado a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros"³⁰. Y el mismo Señor dice: "Quien come mi carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna"³¹.

También, en este sacramento, "nuestra vida está escondida con Cristo en Dios"³². Allí está escondida la vida eterna y la verdadera salvación prometida a nuestros padres y dada a nosotros, la cual en nosotros se revelará cuando Dios venga para ser glorificado en sus santos y a manifestarse

23. Sal 45,8.

24. Jacob, "el hombre que suplanta", según la etimología bíblica. Jacob ha luchado contra Dios, y el nombre Israel que recibe se traduce: "Fuerte contra Dios".

25. Sal 90,15.

26. Sal 22,4.

27. Jn 6,57.

28. Ga 2,20.

29. Rm 8,11.

30. Rm 8,9-11.

31. Jn 6,57.

32. Col 3,3.

admirablemente en todos los creyentes³³. Dios ha obrado con nosotros maravillosamente³⁴ y nos ha dado ya en gran parte lo que prometiera a nuestros padres. En este sacramento se nos ha manifestado la verdad del antiguo designio. Dice el Profeta: "Señor, realiza tu antiguo designio"³⁵. Esta es la verdad de la promesa de Dios, la verdad de los signos, la verdad de los sacrificios, la verdad de las sombras y de las figuras.

Adhesión incondicional de la fe al misterio de la Eucaristía, basada en la palabra de Cristo

Finalmente, ésta es la verdad misma, Cristo, el cual dijo: "Yo soy la Verdad"³⁶. Pilato la ignoró diciendo: ¿Qué es la verdad? y en seguida salió fuera"³⁷. El que sale fuera, permanece fuera. El infiel, si se va, que se vaya³⁸. Nosotros, en cambio, no permanezcamos fuera ni tengamos parte con los infieles. "Entremos en el santuario de Dios y, guiados por la fe, penetremos en los dominios del Señor"³⁹. Teniendo fe en este sacramento, consideremos atentamente el poder de Dios⁴⁰ para el cual nada es imposible⁴¹, cuya palabra es omnipotente, siempre veraz, el que subsiste eternamente y cuanto quiere lo hace.

Para que nuestra fe dé su asentimiento, basta lo que Cristo, Fuerza y Sabiduría de Dios, dijo a sus discípulos: "Tomad, esto es mi Cuerpo"⁴². Si la sabiduría humana murmura en nuestro corazón, que la piedad de la fe reprima esa murmuración. Tributemos honor a las palabras de Dios con fe humilde, manifestemos nuestra gran reverencia por tan venerable sacramento y tan excelente gracia con manos limpias y pureza de vida. Jesús, cuando hubo llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, nos dejó en su gran bon-

33. 2 Ts 1,10.

34. Sal 125,3.

35. Literalmente: la verdad del antiguo designio nos ha sido ... en este sacramento, designio del cual el profeta dice: "Señor, haz verdad tu antiguo designio" (no se sabe qué texto cita aquí Balduino). Todo este pasaje está centrado en la verdad significada; dicho de otro modo, en la realidad que significan las figuras.

36. Jn 14,16.

37. Jn 18,38.

38. 1 Co 7,15.

39. Sal 70,16.

40. En Migne, el pasaje "Teniendo fe...de Dios" ha sido salteado pasando la vista del primer "Dios" al segundo.

41. Lc 1,37.

42. Mt 26,26.

dad esta prenda de su amor. Y queriendo probar la fe y la caridad de los suyos hizo de este sacramento como un lugar de combate en el que se ejerciten aquellos a los que ha decidido probar.

El combate de la fe y de la razón

Desde el comienzo, la fe y la razón luchan entre sí. En esta lucha se esfuerzan por arrancarse mutuamente los ojos. El combate acaba cuando una de ellas queda ciega. La razón humana tiene su ojo y la fe el suyo. El ojo de la razón está enfermo y, con frecuencia, no puede ver las cosas visibles y cercanas. El ojo de la fe, en cambio, es penetrante: "Lo invisible de Dios se deja ver por la inteligencia"⁴³.

Frente al poder⁴⁴ de este sacramento, el espíritu se debilita, el ojo de la razón se nubla, todos los sentidos del cuerpo se vuelven torpes. La mano deseosa de conocer, toca diligentemente y sólo logra palpar el pan. La experiencia del gusto y la atenta observación de los ojos respecto al sabor, color, apariencia, forma y otras particularidades, advierten a la razón que allí hay pan y no carne. La razón, consultada, responde que su juicio ha sido elaborado con percepciones carnales y la confirmación de los sentidos. En realidad el ojo de la razón humana no puede percibir las cosas invisibles de Dios, si no es lavado con el colirio de la gracia e iluminado con la luz verdadera, de la que se ha escrito: "La luminosa ley del Señor alumbró los ojos"⁴⁵. "Si tu ojo, dice el Señor, te escandaliza, arráncatelo y arrojalo lejos de ti"⁴⁶. Sin dificultad se reconoce en este ojo al de la razón humana, el cual es, con frecuencia, escándalo para la fe⁴⁷. Cuando esto ocurre, debe ser arrancado, pues es mejor entrar en la vida con un solo ojo, el de la fe, que ser arrojado al infierno con los dos, el de la fe y el de la razón. Y no hay duda de que conserva sus dos ojos el que se guía por la sabiduría humana y sólo acepta la fe si ella se ajusta a los razonamientos del hombre.

43. Rm 1,20.

44. La "virtud" de este sacramento proviene de su fuerza íntima, su dinamismo, su energía; no de la materia muerta.

45. Sal 18,9.

46. Mt 18,9.

47. En los Padres Cistercienses del siglo XII se advierte, con frecuencia, la desconfianza, e incluso la hostilidad, hacia la ciencia. San Bernardo y Guillermo de Saint Thierry se levantaron contra la intromisión de la razón en el campo de la fe. Querían que el misterio fuera respetado.

La fe se apoya firmemente en el testimonio de Dios

Nuestra fe posee un testimonio mayor que el que procede de la razón humana. Se apoya en la autoridad divina, que es, sin duda, la razón suprema, superando, incomparablemente, a la inteligencia del hombre. No se ha de dar más crédito a lo que llega al corazón desde la razón humana que a lo que proviene del Espíritu de Dios, quien sugiere toda verdad y la transmite por una inspiración secreta. En efecto, descubre el oído del corazón y con un susurro le habla de la simplicidad de la piedad y de los misterios de la fe. Su conversación es con los simples: "El que es de Dios, escucha las palabras de Dios"⁴⁸. Ni la carne, ni la sangre, ni la sabiduría de la carne, ni el espíritu humano le revelaron a Pedro el misterio de la fe, sino el Padre que está en los cielos⁴⁹.

Nuestra fe, por lo tanto, se apoya en la verdad. Tiene su principio y fundamento en un Dios veraz, de quien se ha dicho: "El principio de tus palabras es la verdad"⁵⁰. En efecto, Dios no engaña, porque es la suprema Verdad; no es engañado, porque es la suprema Sabiduría; no se debilita, porque es la Fuerza suprema. Todo lo que El ha dicho o anunciado, sucederá. Para El, tan fácil es hacer como decir, para que algo suceda. Como lo decidió así, así será y toda decisión suya se mantendrá firme. Además, si El ha decretado algo, ¿quién podrá anularlo? Por lo tanto, nuestra fe debe apoyarse en esta certidumbre: no se engaña con conjeturas; no está perpleja, como ante una duda; no vacila, como ante una inseguridad. No titubea, no tambalea, no duda. Al contrario, se mantiene firme, sobre una roca sólida, sobre un fundamento que nadie puede mover, y que es Jesucristo.

Si la fe es la ciencia de la salvación, ¿por qué no creer que ella posee la certidumbre? "Sé, dice Job, que mi Redentor vive"⁵¹. "Estoy segura, dice Marta, de que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo otorgará"⁵². Y, hablando de su hermano, dice: "Sé que resucitará en la resurrección, en el último día"⁵³. "Sé, dice el Apóstol, a quién me he confiado y estoy seguro"⁵⁴. El mismo, refiriéndose a Abraham, dice: "No vacilé ni fue incrédulo; al contrario, fortalecido por la fe, dio gloria a Dios, convencido de que Dios tiene

48. Jn 8,47.

49. Mt 16,17.

50. Sal 118,160.

51. Jb 19,25.

52. Jn 11,22.

53. Jn 11,24.

54. 2 Tm 1,12.

poder para cumplir todo lo que ha prometido”⁵⁵.

¿El conocimiento de la fe no tiene certeza? Sólo podrá afirmar esto aquel que no cree o cree tibiamente. La fe se apoya en una autoridad, verdad y certeza supremas. Por lo tanto, no admite conjeturas, con tal autoridad; ni error, con tal verdad; ni duda, con tal certeza. Quien vacile en su fe, está cerca de ser un infiel.

El primer pecado comenzó por una falta de fe en la palabra de Dios

El pecado de infidelidad, el crimen de la apostasía, parece haber comenzado, en el hombre, por una duda. En efecto, cuando el tentador se acercó a la mujer, inició su conversación con una tosca pregunta de duda: “¿Por qué Dios os ordenó que no comierais? etc.”⁵⁶. La pregunta agitó el espíritu de la mujer y vaciló, como alcanzada por el silbido de la serpiente e invadida por su veneno. Su corazón se inclinó ante la duda, y respondió: “Quizás para no morir”⁵⁷. Ella exteriorizó la vacilación de su espíritu con una palabra de incertidumbre. Puso en duda lo que Dios había dicho. En el corazón de la mujer se entabló una lucha; su orgullosa razón se sentó como un juez ante el tribunal, o como “en una cátedra de pestilencia”⁵⁸. La palabra de Dios es llevada a juicio. El acusador se aproxima y la acusa de falsedad, diciendo: “De ningún modo moriréis”⁵⁹. Es lo mismo que si hubiera dicho: Es falsa esa palabra con la que Dios os amenazó de muerte. La mujer continúa indecisa. No está completamente inclinada a caer, pero vacila. Es semejante a una pared inclinada o a un muro que ha sido golpeado⁶⁰. Entre la amenaza de Dios y la sugestión del demonio, no sabe qué creer. Se ha vuelto a mirar hacia el árbol en cuestión. Ve qué bueno es para alimentarse de él, qué hermosa y agradable es su apariencia⁶¹. El aspecto atrayente del árbol favoreció el testimonio del acusador, pues ninguna señal de muerte había en él que hiciera pensar que el acusador mentía o que Dios no había dicho una falsedad. A esto se agregó el hecho de que la mujer, conforme a su naturaleza, amaba la vida que la serpiente le prometía, no así la muerte que Dios le anunciaba. Además tenía experiencia de la vida, pero desconocía la muerte. Se inclinaba más hacia donde la atraían el amor y la experien-

55. Rm 4,20-21.

56. Gn 3,1.

57. Gn 3,3.

58. Sal 1,1.

59. Gn 3,4.

60. Sal 61,4.

61. Gn 3,6.

cia. Finalmente, vencida, tendió la mano hacia la desgracia⁶². De esta manera fue seducida y llevada, primero a una duda, y desde allí a la infidelidad. Fue persuadida a que creyera falso lo que Dios había predicho, de modo tal que, partiendo de un deseo y llegando al consentimiento, tomara lo que Dios había prohibido.

Entre tanto, la orgullosa razón, sentada ante el tribunal, liberó a la mujer del temor a la muerte. No hizo justicia a Dios en sus palabras; al contrario, en un juicio injusto, lo declaró culpable de falsedad. El homenaje de la fe que debió rendir a las palabras de Dios, la mujer lo convirtió en gloria del tentador: no creyó en Dios y confió en el demonio. La soberbia voluntad, sentada cerca de la orgullosa razón, rehusó a Dios su testimonio de obediencia y, con su desobediencia, se sometió voluntariamente al tentador. De esta manera, por el orgullo, se corrompió la razón en la mujer. Dudó de la autenticidad de la palabra. Es impío dudar de las palabras de Dios y no aceptar sus disposiciones.

En la economía de la salvación, el orgullo cierra los ojos a la luz de Dios; la humildad los abre

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios por el juicio de su razón y la libertad de su voluntad, debe someter a Dios estas facultades. Su voluntad debe siempre obedecer a Aquel de quien ha recibido la existencia. Debe el hombre inclinar su razón ante Dios para creer en todas sus palabras; y su voluntad para acatar todos sus preceptos. Una fe respetuosa doblega la razón del hombre y la obediencia, su voluntad. El orgullo de la razón humana, que se niega a ser dócil y humillarse bajo la fe, es condenable ceguera del corazón, aborrecible a Dios, ya que no consiente en creer lo que no puede comprender.

Cuando el Señor dio la vista al ciego de nacimiento, los fariseos, en su incredulidad, se cegaron aún más, y sus ojos se velaron para no ver. Pero el Señor comprendió lo insólito que era para ellos un milagro tan grande, y dijo: "Yo he venido a este mundo para que los que no ven, vean⁶³ y los que ven se vuelvan ciegos"⁶⁴. Para que los que no ven a causa de la soberbia, vean por la humildad; y los que ven a través del orgullo, no vean, al serle retirada la gracia. Luego el Señor agrega: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero como ahora decís que veis, vuestro pecado permanece"⁶⁵.

62. Sal 54,21.

63. El ms 875 dice aquí: "*ut qui vident non videant*". Es mejor leer aquí con ms Troyes 433 "*ut qui non vident videant*".

64. Jn 9,39.

65. Jn 9,41.

Es afortunada ceguera no ver en uno mismo grandes cosas e ignorar, piadosamente, lo que no es lícito saber. Por esto, en los misterios celestiales y en los sacramentos divinos, hay que apartar de nuestro corazón toda duda impía. Se debe reprimir toda indagación indiscreta, para que la fe, que tiene conocimiento exacto de la verdad, tenga también una piadosa ignorancia. La sabiduría de Dios está más allá de nuestra comprensión; no puede ser encerrada en los estrechos límites de la razón humana.

En la Eucaristía se requiere la humildad de la fe

En el sacramento de la Eucaristía, toda la razón humana debe someterse a una fe respetuosa. Fue necesario, y el orden de nuestra redención así lo exigía, que la imagen de Dios, deformada por el orgullo de la razón, fuera corregida, en el sacramento mismo de nuestra redención, por la humildad de la razón. De esta manera el hombre, humillando toda su inteligencia ante Dios, creería, de este sacramento, lo que el Señor dispuso que se creyera cuando dijo: "Este es mi cuerpo"⁶⁶.

Hay que creer esto firmemente, sin ninguna duda y reconocerlo con toda sinceridad. Aunque parezca imposible a la razón humana e increíble a la sabiduría del hombre, la convicción de nuestra fe debe permanecer firme y segura, llena de respeto a la palabra divina. El hombre debe creer más a Dios que a sí mismo. Debe confiar en Dios, para que Dios confíe en él. Debe confiar su espíritu a Dios, para que su espíritu goce de la confianza de Dios⁶⁷. Debe confiar totalmente su razón a Dios, negarse a sí mismo y juzgar según lo ha entendido de Dios. De esta manera seguirá a aquel que dice: "Según yo entiendo, juzgo"⁶⁸.

Doble ejemplo de Cristo que es necesario imitar

Cristo nos presentó en sí mismo un ejemplo doblemente útil: humildad de juicio y humildad de voluntad. Sobre la humildad de juicio, se ha escrito: "Según yo entiendo, juzgo"⁶⁹. También, por medio del profeta, se dice: "Su juicio fue suprimido en la humildad"⁷⁰. Y sobre la humildad de la

66. Mt 26,26.

67. Interpretación libre de las palabras del Sal 77,8.

68. Jn 5,30.

69. Jn 5,30.

70. Alusión a un texto que, además, es sensiblemente diferente en la Vulgata: "Por el juicio él —el Servidor— ha sido exaltado" (Is 53,8).

voluntad: "No vine a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió"⁷¹.

El ser de Cristo, y su actividad no proceden de sí mismo, sino del Padre. El mismo lo dice: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo"⁷². Así como el Hijo procede del Padre, así también recibe del Padre el poder de juzgar y obrar. Sin embargo, el Hijo es igual al Padre. De la misma manera, el hombre, que no tiene el ser por sí mismo sino que ha sido hecho por Dios, debe aprender a no juzgar nada por sí mismo sino por Dios; también a no querer ni obrar nada por sí mismo, especialmente en aquellas cosas que operan la salvación o cooperan en ella.

II - LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO A IMITAR

Cristo, en la Eucaristía, nos invita a imitar su sacrificio

El sacrificio eucarístico es no sólo un sacramento para la santificación, sino también un ejemplo para imitar. Sacramento, por ser misterio de fe; ejemplo, por ser norma de vida. Sacramento, para la humildad de la voluntad; ayuda, para los que imitan su ejemplo. Sin esta imitación, no se recibe provecho de este sacramento.

Pero la norma de vida no nos ha sido prescripta sólo por este sacrificio, sino que hace tiempo fue manifestada en una figura de este sacrificio. En efecto, en la ley mosaica se ordenaba ofrecer una víctima solémne el día décimo del séptimo mes. Su carne debía ser quemada fuera del campamento y su sangre llevada al Santuario⁷³. El Apóstol también lo menciona: "La sangre de esos animales es llevada al santuario y sus cuerpos quemados fuera del campamento"⁷⁴. El día en que se ofrece esta víctima, es llamado "Día de expiación" (Perdón). Y agrega la Escritura: "El que no ayune ese día, será exterminado de entre su pueblo"⁷⁵.

¿De qué manera un día de mortificación es día de perdón? ¿Acaso la mortificación es expiación? O de lo contrario, ¿por qué la mortificación no ha de ser expiación, si todo "el que no se mortifique ese día habrá de perecer?" Sin duda es mejor mortificarse ese día que ser exterminado de entre su pueblo. "La sangre de estos animales es llevada al Santuario y

71. Jn 6,38.

72. Jn 5,30.

73. Lv 23,27 y 16,27.

74. Hb 13,11.

75. Lv 23,29.

sus cuerpos quemados fuera del campamento”⁷⁶. Las almas de aquellos que no hayan querido someterse a la mortificación no podrán ser recibidas en el cielo. La sangre es llevada al Santuario precisamente cuando el alma es admitida en el cielo. Es frecuente, en la Sagrada Escritura, la representación del alma por medio de la sangre. Y la misma Escritura no calla la razón de esta significación: “El alma de toda carne está en la sangre”⁷⁷. Cuando el Señor reprocha al centinela de la casa de Israel, por no haber advertido al malvado que abandone su mala conducta, le dice: “De su sangre yo te pediré cuentas a ti”⁷⁸.

Nadie está exceptuado de la necesidad cristiana de la mortificación. Nadie está justificado. Tampoco lo está ninguna condición, sexo, edad avanzada, rango, dignidad, poder. En efecto, toda alma que no se mortifique, perecerá. Concuerdan con esto los versos del salmo: “Abrazad la penitencia, no sea que se enoje el Señor y perezcaís lejos del buen camino”⁷⁹. Ciertamente ha de perecer el que no abraza la penitencia. También el Apóstol dice: “Si quedáis sin corrección, es señal de que sois bastardos”⁸⁰. No sois de Cristo sino del demonio, que no es el esposo, sino un adúltero.

Por la mortificación, compartimos los sufrimientos de Cristo; por la misericordia, los de nuestro prójimo. Este sentimiento de misericordia es siempre generoso; aunque no siempre pueda expresarse en obras, a causa de nuestra propia indigencia. A veces consiste sólo en una buena disposición de la voluntad, pues, el que no tiene recursos, está dispensado de las obras de caridad. Pero la compasión por el sufrimiento no debe ser valorada si no hay también un acto de la voluntad. Los que profesan el cristianismo deben asumir también, por Cristo, la experiencia del sufrimiento. Nadie está exento de pecado, pues “todos caemos muchas veces”⁸¹; por lo tanto, nadie puede estar libre de castigo. Todo aquel que comete una falta, debe recibir un castigo. Y el que no lo acepte, es como un deudor que no obra de buena fe y niega su deuda.

En los procesos civiles, los jueces determinan las circunstancias en que, por incumplimiento de pago, una deuda puede ser duplicada. Esto mismo ocurre en los juicios divinos, excepto en el hecho de que aquellos que son encontrados culpables por Dios, no han de recibir un doble castigo, sino que

76. Hb 13,11.

77. Lv 17,11.

78. Ez 3,18.

79. Sal 2,12.

80. Hb 12,8.

81. St 3,2.

sufrirán penas eternas lejos del Señor y de la gloria de su majestad⁸². Por otra parte, tratar de evitar la penitencia es casi como negar la pena debida. Ciertamente Dios pasa por alto los pecados del hombre, cuando éste hace penitencia⁸³; pero he aquí que el hombre elude la penitencia. De aquí surge un desajuste. Comienzan, con el tiempo, enemistades profundas, nacidas de un odio oculto, y se mantienen indefinidamente.

Completar en uno mismo lo que falta a los sufrimientos de Cristo

Nosotros somos deudores de Cristo, quien ha asumido la deuda que todos tenemos en común y la ha pagado por nosotros. El mismo lo dice: "Lo que yo no he robado tengo que devolver"⁸⁴. El Señor nos exige que paguemos tal como El lo hizo por nosotros, y nadie podrá evitarlo. Se debía a Dios una gran suma de sufrimientos por la redención del género humano y, como dice san Agustín, cada uno de nosotros debe aportar a esa suma hasta que se complete y Dios sea pagado. Los propietarios de fincas o haciendas suelen pagar al estado o al fisco un impuesto proporcionado a la extensión de su propiedad. De la misma manera nosotros debemos aportar, como al estado, una contribución de sufrimientos, cada uno en mayor o menor proporción según sus fuerzas, edad, dignidad y rango. Pues, ¿qué es más justo: que el hombre padezca por Cristo o que Cristo haya padecido por El? Sobre esto dice el Apóstol: "Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo"⁸⁵. "No somos deudores de la carne, para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis"⁸⁶.

He aquí una sentencia de muerte, pronunciada contra aquellos que viven según la carne. Aún no ha sido promulgada; todavía puede ser evitada por medio de la penitencia y de la mortificación⁸⁷. Una vez que esta ley haya sido promulgada, de ningún modo podrá apelarse para que sea dejada sin efecto, ni con ningún subterfugio será posible evitarla o eludirla.

Cristo ha sufrido por nosotros. Esto debe llenarnos no sólo de temor sino también de vergüenza, si vivimos entregados a los placeres, satisfaciendo los deseos de la carne⁸⁸. Pues si un Señor, ¡y tal Señor!, está colgado de la cruz, y lo está por su siervo, y éste, malvado y merecedor de todos los males,

82. Se puede traducir así: lejos del rostro del Señor, lejos de la gloria de su majestad.

83. Sb 11,24.

84. Sal 68,5.

85. Col 1,24.

86. Rm 8,13.

87. "Disciplina": mortificación, vida estrictamente reglamentada, prácticas ascéticas.

88. Rm 13,14.

lleva una vida de placeres, ¿no es esto un desorden, una burla? Si Cristo suspendido en la cruz dice: "Tengo sed"⁸⁹ y nuestros corazones se entorpecen diariamente con el libertinaje y la embriaguez⁹⁰, ¿no es esto vergonzoso e infamante? Como suele decirse vulgarmente: este juego no es parejo⁹¹. Ciertamente la pasión de Cristo no es un juego ni se le asemeja. Pero nosotros sí consideramos a nuestra vida como un juego, como una actividad recreativa.

Hasta ahora nos encontramos en el mundo, como en un campo de batalla, donde fue muerto Cristo, nuestro Señor. Cualquiera que salta de este campo sin una herida, un golpe o un magullón, será tenido por un cobarde, "con sus cardenales hemos sido curados"⁹². Nuestro Señor fue muerto por nosotros en el campo de batalla. Si nosotros salimos ilesos, sin ningún daño ni mutilación, ¿no seremos acusados de traición, de asesinos de Cristo? Asesinos de Cristo fueron los que maquinaron su muerte, los que consintieron en ella y los verdugos que lo crucificaron. También, en cierta forma, es asesino de Cristo el que, con su mal vivir, ahoga en sí la eficacia de la muerte de Cristo. Pues, aunque no haya participado en la muerte de Cristo, obra ahora de moto tal que su muerte ha sido en vano para él. En efecto, para aquel que se pierde a sí mismo al negarse a llevar su cruz, ni la muerte de Cristo contribuye a su salvación, ni la cruz del Salvador le es provechosa.

Si la cruz de Cristo, que se nos ha impuesto para llevarla, es enemiga del placer y el placer lo es de la cruz, ¿cómo podrán justificarse los amantes del placer para no ser considerados perseguidores de la cruz? De ellos dice el Apóstol: "La perdición es el final de los enemigos de la cruz de Cristo, su Dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas"⁹³.

Repitémoslo, ellos no son culpables de la muerte de Cristo en tanto que autores, colaboradores o ejecutores de ella sino como sus vilipendiadores, aquellos que sofocan en sí el sacramento que les dispensa sus frutos, anulando los designios del Altísimo; los que, viviendo en medio de los placeres, hacen burla del misterio de la cruz y se vuelven indignos de la bendición celestial del don inefable; los que pisotean al Hijo de Dios y dicen⁹⁴ que ha sido profanada la sangre de la Alianza en la que fueron santificados,

89. Jn 19,28.

90. Lc 21,34.

91. Literalmente: Este juego no es por partes iguales.

92. Is 53,5.

93. Flp 3,18-19.

94. Los dos manuscritos dicen "dicunt" y no "ducunt" como en la Vulgata.

y ultrajan al Espíritu de la gracia⁹⁵. Una vida según la carne es una injuria a Dios, una burla a la cruz, una ofensa contra toda la Santísima Trinidad. Es una ofensa al Padre, porque el Hijo es pisoteado; ofensa al Hijo, porque su sangre, en cierta medida, es profanada; es una ofensa al Espíritu Santo; porque se desprecia su gracia.

Vosotros, sacerdotes del Señor, apartaos de los placeres de la carne y del vano trato con el mundo. Honrad vuestro ministerio, pues brilláis como antorchas en el mundo⁹⁶. Buscad la justicia, “abrazad la mortificación”⁹⁷. “Habéis sido comprados a buen precio; glorificad a Dios en vuestro cuerpo”⁹⁸, llevando la mortificación de Jesús⁹⁹. Mostraos en todo como ministros de Dios¹⁰⁰, llevando en vuestro cuerpo las señales de Jesús¹⁰¹ y el sello de su milicia, en la abstinencia y continencia, en la castidad y sobriedad, en la paciencia y humildad, en la pureza y santidad, para que todos los que os vean sepan de quién sois y se cumpla en vosotros la palabra del profeta: “Seréis llamados sacerdotes de Dios, ministros de nuestro Dios”¹⁰². Luego agrega: “Todos los que los vean reconocerán que son raza bendita del Señor”¹⁰³.

III — ÉXHORTACIÓN A LOS SACERDOTES

Se dirige a los sacerdotes: llamado a una vida acorde con el sacrificio eucarístico

“Sacerdotes del Señor, ¡benedicid al Señor!”¹⁰⁴. Benedicid a aquel que “os ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos”¹⁰⁵ “que bendijo la casa de Aarón”¹⁰⁶. Dios sea santificado en vosotros, para

-
- 95. Hb 10,29.
 - 96. Flp 2,15.
 - 97. Sal 2,12.
 - 98. 1 Co 6,20.
 - 99. 2 Co 4,10.
 - 100. 2 Co 6,4.
 - 101. Ga 6,17.
 - 102. Is 61,6.
 - 103. Is 61,9.
 - 104. Dn 3,84.
 - 105. Ef 1,3.
 - 106. Sal 113,12.

que aparezca en vosotros tal como es, "santo, inocente, incontaminado"¹⁰⁷. Que su nombre no sea blasfemado por culpa vuestra; que no se critique vuestro ministerio a causa de vuestra conducta¹⁰⁸. Que vuestra vida en medio de una generación tortuosa y perversa¹⁰⁹ sea tal que, quienes os vean, digan: "Realmente éstos son sacerdotes del Señor¹¹⁰; en verdad son ministros de nuestro Señor; éstos son realmente discípulos de Jesucristo, vicarios de los apóstoles; es en verdad raza bendita de Dios"¹¹¹.

Velad por la dignidad del sacramento que se os ha dispensado para consagrar y distribuir. Vuestra manos, a las que se ha dado el poder de administrar un sacrificio tan augusto, deben estar limpias de toda mancha de sórdidas especulaciones, para que no tengáis participación con aquellos "en cuyas manos hay infamias y su diestra está llena de presentes"¹¹². Lavaos las manos antes de ir hacia el altar; así os acercaréis con aquel que dice: "Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé tu altar, Señor"¹¹³. Que vuestra boca se conserve pura para gustar la suavidad del Señor¹¹⁴, para recibir la Eucaristía, el Pan vivo que ha bajado del cielo¹¹⁵.

La boca de un sacerdote no debe mancharse con perjuicios, falsos testimonios, mentiras, conversaciones obscenas, lenguaje vano. No debe envilecerse con expresiones bufonescas, inapropiadas a su dignidad, ni pronunciar palabras ultrajantes o de crítica sobre los enemigos. En boca de un sacerdote debe haber acciones de gracias, palabras de alabanzas, oraciones, plegarias y súplicas¹¹⁶. No deben salir de ella palabras malas, sino buenas, que contribuyan a mejorar a los que escuchan y se realice lo que el Señor dice: "Con mi alabanza te pondré freno, para que no mueras"¹¹⁷. Esto hace decir al salmista: "Bendeciré al Señor en todo tiempo. Su alabanza estará siempre en mi boca"¹¹⁸. La alabanza a Dios debe servir de freno a la boca para impedir que se deje llevar, con una licencia desenfrenada en el hablar, a palabras

107. Hb 7,26.

108. 2 Co 6,3.

109. Flp 2,15.

110. Literalmente: Realmente, éstos son sacerdotes del Señor.

111. Is 61,9.

112. Sal 25,10.

113. Sal 25,6.

114. Sal 33,9.

115. Jn 6,33.

116. 1 Tm 2,1.

117. Is 48,9.

118. Sal 33,2.

vergonzosas y deshonestas. Una boca que va a ser admitida en el banquete sagrado no debe ser impura ni vulgar.

Hermanos muy queridos, estemos firmemente convencidos y creamos, sin la menor duda, lo que la autoridad de Dios mismo y la de los Santos Padres nos prescriben creer sobre esta sagrada Comunión. Este sacramento contiene el poder de nuestra restauración y el precio de nuestra redención. La verdad se encuentra allí oculta para ejercicio de nuestra fe, y la mortificación de Cristo nos es presentada para servir de modelo a nuestra vida. Por eso, al instituir Cristo éste sacrificio y entregarlo a sus discípulos, dijo: "Haced esto en memoria mía"¹¹⁹. Haced lo que yo hago. Ofreced lo que yo ofrezco. Vivid como yo os enseño. Seguid la manera de vivir y de morir que os doy con mi ejemplo.

Este sacramento logra que Cristo viva en nosotros y nosotros en El. Consigue que nosotros demos la vida por Cristo, así como El la dio por nosotros. Todos los que mueren en Cristo o por Cristo se duermen piadosamente y reciben la incomparable recompensa que les ha sido prometida y reservada¹²⁰: la gloria de la resurrección. Con la virtud del sacramento eucarístico dignamente recibido "transformará Dios este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo"¹²¹. ¿Cómo podremos retribuir dignamente al Señor la gracia tan grande que nos ha concedido? ¿Qué le daremos a cambio de tal honor? Es en vano preguntar si El nos ama, cuando vemos que, en prueba de su inefable afecto, se nos ofrece como pan de vida eterna y como cáliz de perpetua salvación¹²².

Por lo tanto es justo que, en la medida en que lo permita la debilidad humana, recibamos con dignidad y respeto tan preclaro don de Dios, tan extraordinario beneficio, que lo cuidemos como a las niñas de los ojos; más aún, como a nuestra vida, como a nuestra salvación, como a la esperanza y realidad de nuestra resurrección y de nuestra gloria.

En adelante corrijamos, con el mayor esmero y preocupación, todas las faltas que, por negligencia, hayamos cometido hasta hoy contra la reverencia debida a tan excelso sacramento. Reparemos las faltas del pasado y de nuestra vida anterior, con un propósito más digno y un pensamiento más elevado, aprovechando el tiempo, pues los días son malos¹²³.

Traducción de Elcira González Ramos de Sesma

119. Lc 22,19.

120. 2 M 12,45.

121. Flp 3,21.

122. Fórmula tomada del Canon de la Misa.

123. Ef 5,16.